

LA MISION DE BOLIVAR EN LONDRES EN 1810

La intriga palaciega, el temor y el odio que el desalmado amante de la reina María Luisa de España, el atrevido Godoy, Príncipe de la Paz, que guiaba con mano maestra la ruina de España, acrecentaron ante el pueblo y la nobleza la figura del pigmeo Fernando, Príncipe de Asturias, nacido de «ingrata y aviesa condición, tan cobarde como falso y embustero», y que sin embargo fue, por obra del idealismo, el más popular de cuantos monarcas reinaron en España. No alcanza el historiador cómo fue posible, por allá en el amanecer de la emancipación americana, el nombre de Fernando electrizara, no sólo a los peninsulares que no quisieron ver los defectos del monarca, sino también, atravesando el Mar Tenebroso, llegara, aureolado por el cautiverio que hubo de sufrir de Napoleón, como fruto de su cobardía y maldad, a exaltar el espíritu de los colonos que habrían sacrificado su vida por defender los fueros del deseado, suspirado y mil veces amado don Fernando.

Escóiquiz, el lisonjero y pervertido ayo del heredero, jugando su doble política, como tertuliano del Valido e instructor del Príncipe, soñó en su avasalladora ambición figurar al frente del ministerio que habría de constituir su discípulo Fernando cuando exaltado éste al trono de sus mayores, desplegara toda la maldad, la cobardía, el egoísmo y la venganza que le había inspirado el mentor a través de largos años. Serpenteando del bufete del Príncipe de la Paz al estudio de su discípulo llevaba y traía la intriga, que exaltaba y exasperaba al futuro rey hasta hacerlo caer, como incauta paloma, en las redes de su vecino de Francia. Napoleón Bonaparte ceñía la corona imperial; su mirada aquilina oteó la fácil presa y pues el fruto caería de maduro, encomendó al hábil marqués de Beauharnais, el cuidado de atizar el

fuego de la discordia que ya llameaba vigoroso en la familia real.

Llega a España en momentos en que los reyes y su favorito se desazonan buscando segunda esposa para el futuro rey; Godoy pretende casarlo con su cuñada para legitimar así los vínculos non santos que le atan a la casa de Borbón, y Escóiquiz, que anhela burlar al de la Paz y que anda en intrigas con el Embajador francés, presenta a éste el plato servido para que cumpla su misión. Estefanía Tascher de la Pagerie, sobrina de Napoleón, es propuesta en seguida por Beauharnais. Pero el Emperador, que en esto de arreglar matrimonios toca en vicio de cuarentona, desaprueba lo ofrecido por su enviado, pues ya tiene a la bella Estefanía prometida al Duque de Arenberg. Y el despierto Beauharnais insinúa a Fernando la conveniencia de manifestar de oficio sus deseos de vincularse con la ahora ilustre casa de Bonaparte, y aquél comete la torpeza de hacerlo por mano y consejo de Escóiquiz, con el ánimo de derrocar a Godoy. La carta quedó sin respuesta aparente, pero pocos meses después, con el pretexto de seguir a Portugal, encamina Napoleón sus huestes vencedoras a conquistar los fértiles campos de la Madre Patria.

De todos los pechos españoles se alzó una bendición para el Emperador a quien creían, ingenuos, venía a libertarlos de la tiranía del Príncipe de la Paz. De maduro cayó el fruto. Fernando comenzó a reinar por gracia de un motín, y no tuvo obstáculo en suplantarlo a su padre que agujoneado por la gota y lleno de pesadumbre se vió solo y abandonado en el silencio de su palacio de Aranjuez. El nuevo rey aprovecha su elevado carácter constitucional y pide al Emperador la mano de su sobrina Lolotte, la hija de Luciano y de Catalina Boyer, «cuyos maternos y legítimos abuelos eran unos hosteleros humildísimos». Lolotte fue la Dulcinea de este nuevo Quijote, antagonista del ideal crea-

do por Cervantes, y que, valga la verdad, abundaba más en la grosería de Sancho sin tener sus virtudes.

Y este mismo Fernando, obsesionado con los Bonaparte, abrió el camino al intruso José, a quien le escribe para felicitarlo por el triunfo de sus armas en España, «que se consideraba miembro de la augusta familia de Napoleón, a causa de que había pedido al Emperador una sobrina por esposa y esperaba conseguirlo». (1)

Y fue el desalmado que tales y peores líneas trazara incensando a quien tan villanamente le robara la corona, el que dejara a su pueblo por ir en pos de Lotte, a quien nunca alcanzó, el que mereció de sus compatriotas los ditirambos que rey alguno ha logrado, el que exaltó hasta lo increíble el espíritu patriota de los criollos de Indias, quienes a vista de la imposición de Bonaparte en España, juraron defender y conservar, a costa de su sangre, estos dominios para el llorado, suspirado y deseado Fernando VII.

A este son se instalaron en estas partes de Indias, y a la manera de las de la Península, las Juntas Supremas, que deponiendo a las autoridades españolas sospechosas de bonapartistas, enarbolaron el estandarte del afrancesado Fernando VII, cuya infelicidad no le permitió siquiera *honrarse*, ya que no llevando al tálamo de Carlos V a la plebeya Lotte, pero menos aún el lucir sobre su pecho la Cruz de la Gran orden Española, creada por su querido José I y a quien repetidas veces pidió tan ambicionada merced.

La Junta Central de Sevilla, que se abrogó la autoridad del legítimo gobierno mientras el intruso se holgaba en Palacio, volvió los ojos a Inglaterra, la única potencia capaz de hacer frente al megalomano Napoleón, que estuvo a punto de cumplir su juramento: *La France sera le monde!* Y en busca de la gran Albión, fue la Embajada española, que logró formalizar y fir-

(1) Marqués de Villa Urrutia. *Las mujeres de Fernando VII.*

mar, el 14 de enero de 1809, el célebre tratado de paz y alianza por el cual el gobierno de Saint James se obligaba «a continuar auxiliando con todos los medios que en su poder estuviesen, a la nación española en su lucha contra la tiranía y usurpación de Francia, así como también a no reconcer ningún otro Rey de España y sus Indias, sino a su Majestad Católica Fernando, sus herederos, o los legítimos sucesores que la nación española reconozca» (1).

Pronto cruzaron el mar cantábrico los bajeles ingleses, y las tropas veteranas de John Bull, penetraron a Portugal, invadieron a Andalucía y pusieron en fuga a Pepe Botellas, rey intruso de España. Pero esta ayuda venida de Inglaterra y atendida así, tan eficazmente, tenía otros fines bien distintos de los de simple y generosa colaboración. Colocada como puerto de salvación del reino español, a su gobierno iban a parar cuantas reclamaciones se ofrecieron a los sufridos súbditos de Fernando VII. Frailes cuyos conventos fueron quemados, comerciantes cuyas mercaderías fueron robadas por las tropas francesas, todos piden indemnización al gobierno inglés. Este cumplía generoso las cláusulas del Pacto, buscando solapado la formalización de otro, que abriera a los mercados de Londres el misterio de América, y no como quiera sino con la consabida cláusula internacional *del país más favorecido*.

Los esfuerzos de Canning cerca de los Embajadores de España en Londres, don Pedro de Ceballos y el Almirante Ruiz de Apodaca, no tuvieron éxito, e igual suerte corrieron los del ministro de Inglaterra en Sevilla, Marqués de Wellesley, cerca de don Martín Garay, Secretario de la Junta Suprema. Un año de conversaciones se ha cumplido. El Marqués de Wellesley acaba de reemplazar a Canning en el *Foreign Office* y el hermano de aquel, Sir Henry preside la Embajada ahora

(1) Archivo Histórico, anexo a la Biblioteca Nacional.

en Cádiz. Un suceso inesperado anuncia a Inglaterra el triunfo de sus pretensiones con España.

Acaban de desembarcar en Portsmouth tres indios portadores de sorprendentes mensajes para el gobierno de S. M. B. Desconcertado despliega el oficio el marqués Ministro de Estado:

«La Suprema Junta Gubernativa, establecida últimamente en Caracas, capital de las Provincias de Venezuela en la América Meridional, nos ha constituido sus Diputados cerca de Su Majestad Británica, entregándonos pliegos que debemos poner en manos de Vuestra Excelencia.

«Tenemos el honor de notificar a Vuestra Excelencia este importante suceso, así como nuestra llegada el día de ayer a esta ciudad, después de treinta y un días de feliz viaje en el bergantín Wellington de Su Majestad Británica, despachado desde la isla de San Tomas por el General Cochrane para conducir nuestras personas a este Reino.

«Una vez que nos envíe el correspondiente pasaporte, como lo esperamos de la bondad de Vuestra Excelencia, pasaremos sin dilación a esa capital a cumplir debidamente nuestra comisión.

Dios guarde a Vuestra Excelencia muchos años.

Portsmouth, julio 11 de 1810.

Simón de Bolívar—Luis López Méndez (1).

Sin detenerse en dudas Wellesley despacha los pasaportes oficiales que han de llevar a Londres al Coronel de Bolívar, al Comisario Ordenador don Luis López Méndez, y al oficial primero de la Secretaría de Relaciones Exteriores del nuevo gobierno de Caracas don Andrés Bello.

Y mientras llegan, el correo inglés lleva a Cádiz la

(1) Marqués de Rojas, *Bolívar*, pág. 13.

misiva confidencial para Sir Henry, la que dará el golpe de gracia a la ofuscada regencia:

«Los socorros que hasta la fecha ha concedido a España Su Majestad (el rey de Inglaterra), escribía el Ministro de Estado el 13 de julio de 1810, no han sido limitados sino por la extensión de los recursos de su reino; pero es evidente que este apoyo debe cesar si nos son suministrados con precisión recursos adicionales. Consisten éstos ante todo, como bien sabéis, en abrir a los súbditos de Su Majestad algunas de las grandes ramas del comercio con las colonias españolas. Tened a bien hacerlo entender en los términos más claros.... Los diputados de Caracas acaban de llegar a Londres.... No dejo de abrigar la esperanza de que este acontecimiento puede contribuir al resultado que perseguimos.

«Al mismo tiempo, es necesario que os prevenga, añadía confidencialmente Wellesley, que aun en caso de que la provincia de Venezuela siguiera desconociendo la autoridad del consejo de regencia, no entra en las intenciones del gobierno de Su Majestad el renunciar a relaciones amistosas con esa colonia. Y menos aún habríamos de prestarnos a obligarla por la fuerza a someterse. Es este un punto muy delicado, y a vos dejo el cuidado de sacar de él el partido mas ventajoso» (1).

El eminente historiador Mancini, de quien copio los apartes leídos, comenta admirablemente la política zorra de Inglaterra: «De estas indicaciones se desprende, pues, la línea de conducta que en lo sucesivo va a seguir el gabinete de Saint-James; por una parte, intimidar al consejo de regencia por el solo hecho de recibir y de escuchar a los embajadores de la colonia rebelde, y determinar así a España a que acate la voluntad inglesa; dar al mismo tiempo a Venezuela la impresión de que solo el respeto debido a compromisos solemnes prohíbe el ser más complacientes para con ella,

(1) Cit. de Mancini, *Bolívar*, págs. 312-313.

y, con esto, reservarse los beneficios eventuales de su gratitud; presentarse como mediadora inevitable entre ambos partidos, y, bajo las apariencias de trabajar en interés de cada uno, no trabajar en realidad más que para ella sola: tal es el plan que se ha impuesto Inglaterra, y que se dispone a observar exactamente su ministro en el momento en que Bolívar y su séquito desembarcan en Southampton» (1).

Qué había pasado en la lejana Venezuela? El motín del 19 de abril de 1810 puso término al gobierno de don Vicente de Emparán, Gobernador de la Provincia; el cabildo caraqueño constituyóse en Junta Suprema, desconoció el gobierno de Cádiz y juró defender y conservar el territorio para Fernando VII.

La situación económica de Venezuela, su falta absoluta de recursos, el conocimiento del éxito que le traería el abrir sus codiciados puertos a los mercados del mundo, obteniendo así a base de canjes, las armas y recursos que eran precisos para hacer al nuevo gobierno respetado y respetable, dieron origen a los primeros ensayos diplomáticos del joven país, y balbuciente ahora, surge la gran confederación Américo-española, cuya primera voz, lanzada a través del Continente, fue en el oficio inolvidable, del 27 de abril de 1810. De las alturas del Avila, hasta las estepas argentinas, llega la increpación a América; la encarna más tarde el genio de Bolívar y en días recientes surge rediviva en memorable Asamblea Continental.

Los caraqueños vuelven sus ojos a Europa. Pujante cual ninguno se destaca el imperio Napoleónico; sus águilas dominan el panorama del viejo continente, imponiendo el reinado de los Bonapartes cuya ambición y codicia nunca logró el Emperador ver satisfecha. «Creíanse los varones nacidos para rectores de pueblos, con púrpura y corona, escribe maravillosamente el ilus-

(1) Mancini, cit., 313.

tre historiador español Marqués de Villa-Urrutia, y las hembras, que reputaban imperial la ardientísima sangre que corría por sus venas, eran más celosas de su rango que de su honra. Reinaba ya en Nápoles José, en Holanda Luis, y en Wetsfalla Jerónimo. Elisa, que tenía más de agría que de hermosa, descontenta con su Principado de Luca y Piombino, obtuvo el Gran Ducado de Toscana, del que se desposeyó a la Infanta Doña María Luisa, Reina de Etruria. Carolina, Gran Duquesa de Berg, soñaba, no sólo con diademas reales, sino con la imperial que podría recoger Murat el día en que Napoleón hallase una gloriosa muerte en el campo de batalla, y la insaciable ambiciosa e infatigable conspiradora no vaciló en pagar con su cuerpo el escote de sus tramoyas con Junot y con Metternich y con tantos otros. Paulina era la belleza de la familia. Háblele tocado, como suele suceder, escasa parte del patrimonio intelectual, por lo que se contentó con ser reina de la hermosura y de la moda, y no queriendo que fueran únicamente sus afortunados contemporáneos los que gozaran en sus divinas formas, hizo que Canova la esculpiera en mármol, para que pudiera admirarlas la posteridad, no muy veladas en la estatua del Palacio Borghese de Roma y sin velar en la Venus del Museo de Florencia» (1).

Inglaterra, señora de los mares, permanece impertérrita y concedora la Junta de Caracas del tratado que a España vincula con aquella, quiso alcanzar para sí tan valiosa amistad demostrándole, en cuantas formas estuviesen a su alcance, la fidelidad que Venezuela guardaba por la monarquía y su constitución, el odio, y la abominación a Francia y las promesas de una alianza eterna e indisoluble con la Gran Bretaña.

El último de mayo, madurado el proyecto, se pensó en el ya Coronel Simón de Bolívar y en el Comisario

(1) Villa-Urrutia. *El rey José Napoleón*, pág. 11.

López Méndez, quienes, a su talento y cultura, unían el más decidido entusiasmo por el nuevo estado de cosas, como que de un año atrás habían sido mantenedor el uno y asiduo concurrente el otro a las tertulias revolucionarias del Guayre (1). Y si por algo les faltara, atiende la Junta Suprema la petición que le hacen los presuntos Embajadores, y el 5 de junio es agregado a la comitiva don Andrés Bello (2). Cinco días más tarde, a bordo del buque de guerra General Lord Wellington, que el Almirante Cochrane les envía de la base naval inglesa de Barbados, parten con rumbo a Londres.

El arribo de los delegados caraqueños causa sensación. Distinguida figura, lujosa indumentaria, en pocos días dominan el aristocrático mundo londinense. Elegantemente alojados en Morin's Hotel, desfila por su apartamento lo más destacado en lo social y político. Mancini recuerda, cómo el conde de Mornington y el hermano del Almirante Cochrane se hacían anunciar a diario, y cómo el duque de Gloucester, sobrino del rey, organizaba fiestas en su honor. «Los Embajadores de la América del Sur» los llaman los periódicos de la capital, cuando registran su presencia en Bond Street, o en Hyde Park paseando en lujosa berlina, o cuando vistiendo costosa etiqueta concurren a la Opera o al Astelys Amphitheatre.

Los diplomáticos de España hubieron de tolerar, a regañadientes, los agasajos oficiales brindados a los jóvenes embajadores de la Provincia rebelde. El marqués de Wellesley, apenas se instalan en Morin's Hotel les envía su saludo oficial, y pues precisa que la etiqueta inglesa ampare los derechos españoles, les in-

vita a su palacio particular. El 16 de julio a las ocho de la noche «los comisionados fueron recibidos en la antesala de su señoría por el caballero Ricardo Wellesley su hijo, y después de ser conducidos al despacho privado del marqués, reza el protocolo de la conferencia, se sentaron a su insinuación, y el marqués tomó la palabra diciendo que juzgaba inoportunos los procedimientos de Caracas, como que todos estaban apoyados sobre un supuesto falso, que era la pérdida absoluta de España». Regañón continúa el seco ministro cuya rudeza no intimida al coronel Bolívar, jefe de la misión; escúchale quizás desconcertado y apenas el marqués le formula las preguntas de «si había sido la resolución de Caracas dictada por resentimientos accidentales contra los magistrados que existían a la época de la revolución, o bien la provincia de Caracas estaba decidida a romper todos los vínculos que la habían unido con la metrópoli, y a erigirse en pueblo independiente, presuroso recoge Bolívar la palabra, y con la serenidad que se esfuerza en conservar expone exaltado la historia de los antecedentes que obligaron a su patria a la heroica determinación. Como la entrada de las tropas francesas a Andalucía y la toma de Sevilla «precipitó la resolución que el pueblo de Caracas había de antemano concebido para el caso en que los asuntos de España tomaran un aspecto decididamente funesto.....» «Entonces, refiere el protocolo mencionado, se recibieron las órdenes e instrucciones de la regencia, y se discutió si debía o no reconocerse; pero como de lo primero resultaba necesariamente la admisión de los jefes que se enviaran a Venezuela, y por consiguiente la continuación del peligro que había provocado la deposición de los anteriores, creyó el nuevo gobierno incompatible este acto de reconocimiento con la seguridad de la patria y al mismo tiempo protestó de nuevo mantener íntegros al soberano legítimo o al go-

(1) Jorge Ricardo Bejarano. *Orígenes de la Independencia Suramericana*.

(2) Oficio original de la Junta Suprema a los comisionados. Archivo Histórico. Historia, vol. 10. Reproducido por el autor en su folleto, *La misión de Bolívar a Londres en 1810*. 1930.

bierno que legalmente lo representase los dominios de Venezuela, al mismo tiempo que ofreció continuar sus socorros a España en la santa lucha contra los usurpadores..... pronunció solemnemente su separación del gobierno de Regencia, declarándolo nulo en su establecimiento y arbitrario en sus disposiciones». Y firme en sus palabras, concluyó Bolívar su discurso: «Este es el espíritu del gobierno actual de Venezuela; estos los principios que se hallan profundamente arraigados en el corazón de sus habitantes y que no podrá jamás desmentir».

El ministro alcanzó lo que entre líneas se ocultaba, y severo repuso que de una conducta como ésta no podía menos de resultar la disolución del imperio español y el triunfo de los enemigos comunes. Y como para no dejar esperanza rectificó «que los tratados existentes entre la Gran Bretaña y la España no permitían al gobierno de Su Majestad aprobar la conducta de Venezuela».

El diputado Bolívar está dispuesto a no perder la partida y con sagacidad e inteligencia dice quizás más de lo prudente. En su ofuscación entrega al Ministro no sólo sus credenciales, sino también el pliego de instrucciones que para uso privado de los delegados, ha preparado suspicazmente en Caracas Juan Germán Roscio. Don Andrés Bello recuerda a este propósito, el desconcierto de Bolívar cuando advierte su imprudencia (1). Pero qué le importaba? Era la revolución, y las

(1) El historiador chileno Manuel Luis Amunátegui, en su *Vida de don Andrés Bello*, trae la siguiente versión, recibida de labios de su propio biografiado: «Tan luego como estuvieron en presencia del ministro británico, Bolívar, poco experto en los usos de la diplomacia, cometió la ligereza de entregar al marqués, tanto las credenciales, como el pliego que contenía las instrucciones.

«Valiéndose en seguida de la lengua francesa, que hablaba con la mayor perfección, le dirigió un elocuente discurso, desahogo sincero de las pasiones fogosas que animaban al orador, discurso en el cual hizo muchas alusiones ofensivas a la metrópoli, y expresó deseo y esperanzas de una independencia absoluta».

ideas llamadas a triunfar las suyas. Por eso no había ni siquiera tenido la curiosidad de leer el pliego mencionado. Sobraba para él, no lo necesitaba; que se quedara el Ministro engañado con el texto de ellas, olo-roso a fidelidad a Fernando VII, y que tenía tanta veracidad como el empeño de Wellesley en demostrar la imposibilidad de aceptar las propuestas de los venezolanos. Pero la hidalguía inglesa, el protocolo a prueba necesitaban quedar a salvo ante los entufados representantes de España en Londres, que exasperados no podían tolerar que se atendiera ni aun privadamente a los venezolanos.

Por más de dos horas se prolongó la vivísima conferencia. Wellesley encastillado en el pacto que obligaba a su gobierno con la regencia; los diputados alegan que no pueden salirse de lo ya dicho «que estaban seguros, dice la minuta de la sesión, de que sus compatriotas consentirían primero en perecer antes que someterse a una dominación tan dura como peligrosa y sospechosa; y que dándole las gracias por su benevolencia, en favor de Caracas, se veían obligados a manifestarle que por el tenor de las órdenes que habían recibido de su gobierno, no podrían hacer otra cosa que darle cuenta del sesgo que S. S. quería dar a la negociación», y halagadores agregaron «que el partido de Caracas era altamente útil a la Gran Bretaña como que le proporcionaba relaciones ventajosas de comercio, que algún día serían extensivas a todo el continente americano español; que el crédito del gobierno británico se aumentaría considerablemente en el Nuevo Mundo por la protección que concediera a Caracas. Y pareciendo poco insinúan con todos sus arrestos: «que las tentativas dirigidas a prolongar la servidumbre americana no tendrían otro efecto que el de perder la América para ella misma, para la España y para la Inglaterra».

Adivinamos el ceño adusto del marqués cruzado por leve sonrisa, que dulcifica su feroz embestida; y el futuro Libertador que libra su primera campaña, alcanza del sañudo ministro un cordial cumplimiento «por el ardor con que defiende la causa de su país». Replica Bolívar que es más grande el de su S. S. en la defensa de España «a que repuso el ministro británico que sus deseos particulares y su conducta pública habían conspirado siempre a la felicidad de las colonias españolas, por cuyo motivo se había granjeado, en cierto modo, el desafecto del anterior gobierno de España».

Y ahora caído el antifaz, cara a cara, corazón a corazón, ambición a ambición, podían hablar sin rodeos, con franqueza. Así Bolívar vence al Foreign Office.

Dos días después se pondrán en manos del Rey las notas de Caracas, y el jueves 19 de julio siguiente serían recibidos de nuevo los comisionados.

Presurosos escriben éstos a su gobierno: «A pesar de cuanto se ha hecho por desanimarnos... las insinuaciones de Venezuela han sido acogidas y registradas por Lord Wellington con toda la imparcialidad y deferencia que podíamos esperar» (1).

Llega el 19. La recepción es ahora en el Foreign Office. El reconocimiento privado del nuevo gobierno es un hecho cumplido. A la tarde en Aspley House la conferencia es breve y decisiva. En nota verbal solicitada por el Ministro de Estado, los embajadores, de manera harto avisada y sagaz, concretan las pretenciones de su gobierno. A ellas contesta en la propia forma Saint-James. Venezuela podría contar con la protección marítima de Inglaterra para defenderla de Francia: se ofrecieron cordialmente los buenos oficios de aquella para prevenir mediante una interposición amigable, la guerra entre la Provincia y la Madre Patria y conservar la paz y amistad entre Venezuela y sus hermanos de ambos hemis-

(1) Cit. de Mancini, pág. 315.

ferlos; por último se enviaron de Londres instrucciones a las Antillas inglesas a fin de favorecer las relaciones comerciales con Inglaterra que gozaría del mercado americano *como una de las naciones más favorecidas* (1).

Triunfó ésta, burlando a España y triunfó Caracas, cuyo comercio de armas se desarrollaría en las Antillas inglesas, lejos de la vigilancia española.

Los diputados se han atraído la admiración de todos y no se cuenta lunch o fiesta alguna a donde no se inviten, notados por el lujo de sus toilettes. Bolívar posa en el estudio del pintor de moda, y Gill hace del héroe precioso retrato (que hoy se guarda en nuestro Palacio de Relaciones Exteriores). Amigo de la frivolidad trata de deslumbrar a los ingleses. Ensayó su pluma en el periodismo y el *Morning Chronicle* y el *Times* acogen sus calurosas páginas en sitio especial. Defiende a su patria del Bloqueo que acaba de decretar a Venezuela el Consejo de Regencia, cediendo a las instancias de sus representantes en Londres. Por primera vez lanza Bolívar al mundo su ideal panamericano. «El día, que no está lejos, en que los venezolanos se convenzan de que su moderación, el deseo que demuestran de sostener relaciones pacíficas con la metrópoli, sus sacrificios pecuniarios, en fin, no les hayan merecido el respeto ni la gratitud a que creen tener derecho, alzarán definitivamente la bandera de la Independencia y declararán la guerra a España. Tampoco descuidarán de invitar a todos los pueblos de América a que se unan en confederación. Dichos pueblos, preparados ya para tal proyecto, seguirán presurosos el ejemplo de Caracas» (2).

Y si hasta ahora guardó Bolívar la cordura que su posición le obligaba, a partir del decreto de Bloqueo,

(1) Las conclusiones aprobadas por el gabinete de Londres se publicaron por primera vez entre nosotros en el *Diario Político de Santafé de Bogotá*, número 32, correspondiente al 14 de diciembre de 1810.

(2) Cit. de Mancini, pág. 322.

da su último y certero golpe. Miranda, el Precursor, está en Londres. El Gobierno de Caracas en las instrucciones que no quiso leer Bolívar, le previene que Venezuela, como consecuente a su fidelidad a Fernando VII, debe considerar a Miranda como un enemigo de su causa y «bajo esta inteligencia, dice el pliego, si estuviere en Londres, o en otra de las escalas o recaladas de los comisionados, si se acercase a ellos sabrán tratarle correspondiendo a estos principios, y a la inmunidad del territorio donde se hallase»; y con sagacidad agregan: «Si su actual situación pudiere contribuir de algún modo que sea decente a la comisión, no será menospreciado» (1).

Si antes mantuvo en reserva su amistad con Miranda, «no vaciló (desde la promulgación del decreto de bloqueo, escribe Mancini), en dar la mayor ostentación posible a su nueva actitud. Aún no se había despedido del Ministro de Relaciones Exteriores la misión venezolana, cuando ya mencionaban los diarios la presencia en el teatro, o la visita a los monumentos públicos, de los diputados de Caracas, siempre en «compañía del ilustre General Miranda». «La elegante clientela del estudio del pintor Gill en Chandler Street, pudo descifrar, sobre la medalla que el joven americano había hecho añadir a su traje, y que estaba sujeta con la cinta tricolor de Miranda, uno de los lemas preferidos del Precursor: *sin libertad no hay patria*». Los diputados de Caracas son ahora los asiduos comensales de Grafton Square. La libertad de América estaba decidida.

Bolívar dio por terminada su misión en Londres el 30 de agosto de 1810, fecha en la cual se apresuró a prestar sus homenajes al Gobierno inglés, a cuyo Ministro de Relaciones dirigió la siguiente comunicación:

«Don Simón de Bolívar y don Luis Méndez tienen el honor de saludar a Su Excelencia el Marqués de

(1) Cit. de Mancini, pág. 319.

Wellesley y de felicitarlo por el restablecimiento de su salud.

«Suplican a Su Excelencia les permita hacerle presente que habiéndose terminado los objetos de su venida a Inglaterra, les importa regresar a Venezuela con la posible prontitud; y como el Gobierno de su Majestad Británica se ha servido ofrecerle al intento un buque de guerra en qué verificarlo con toda seguridad, han creído oportuno avisar a Su Excelencia que por su parte se halla todo listo y concluido, al mismo tiempo que le ruegan se digne ser el órgano de su respetuosa gratitud a Su Majestad por esta nueva prueba de su real benevolencia.

«Londres, 30 de agosto de 1810» (1).

El 16 de septiembre el Foreign Office anunció a Bolívar que el bergantín *Sapphire*, puesto a su disposición por el Almirantazgo, estaba listo a zarpar rumbo a Caracas, y el 21 dejó para siempre las costas de Inglaterra, llevando en su corazón la seguridad de la libertad de su patria. Días más tarde le siguió Miranda, cuyo equipaje trajo consigo el coronel Bolívar. López Méndez, y el insigne Bello se quedaron en Londres a insinuación del Ministro de Estado de S. M. B.

Trascendental fue el eco que tuvo esta misión en las Provincias del Nuevo Reino de Granada. Las conclusiones aprobadas por el Gabinete inglés se comunicaron a la Junta Suprema de Santafé de Bogotá. En el periódico *Aviso al Público* se dijo que Inglaterra había ofrecido proteger la independencia de las colonias del Consejo de Regencia. Los redactores del *Diario Político*, escribían entusiasmados:

«Nuestros puertos se abrirán a los defensores de la libertad, a esta gran potencia, única que ha sabido contener el despotismo de Francia».

(1) Cit. Marqués de Rojas, págs. 30 y 31.

Y la Suprema Junta santafereña, en oficio del 6 de marzo de 1811, dirigido a la de Caracas, entendió brillantemente la política inglesa, y desarrolló nítido el pensamiento revolucionario, así como su anhelo de una unión perdurable con el país hermano.

Tal es la importancia de este oficio que rehabilita la discutida tesis sobre el verdadero pensamiento revolucionario que animó a los hombres del 20 de julio, que no puedo menos de transcribir siquiera sus párrafos más destacados.

Comentando el memorandum de las conferencias celebradas en Londres, dice:

«Ellas manifiestan que el gabinete de San James conoce sus verdaderos intereses respecto de la América independiente; pero que obligado por honor a sostener la lucha en la península contra el enemigo común de la Europa no se decide a dar a las negociaciones americanas un carácter oficial directo porque lo considerara contrario a los pactos que tiene celebrados con el gobierno de Cádiz. Sin embargo la Inglaterra se verá obligada agradablemente a considerarnos como a una nación cuando haya sabido que la resolución de la provincia de Venezuela ha sido imitada y sostenida por todas las del gran continente de la América Meridional. Esta reflexión nos ha retenido para no dar paso alguno hacia S. M. B. hasta que formado el congreso del Reino extienda la acta de nuestra *absoluta independencia* y se reconozca en ella que son insostenibles los indefinidos derechos de la familia de Borbón que con tanto estudio observamos se quieren hacer valer sobre nosotros. Espontánea y generosamente hemos ofrecido conservar la dignidad real en favor de Fernando VII, si alguna vez le viéremos libre del influjo del tirano de la Europa; pero sujeto a la constitución que dicte el pueblo soberano, y de ningún modo bajo el sistema absoluto y despótico como reinaron sus predecesores. Esta

deliberación es muy conforme con el genio de la nación inglesa y no creemos que ella jamás habrá hecho medidas hostiles contra nosotros, con el pretexto de sostener unos derechos que nunca pudieron existir en perjuicio de la libertad que concedió Dios a los pueblos y a los hombres.

«Pero si la política interesada pensare obrar contra la filosofía y la justicia, la unión íntima de los dos Estados nos pondrá a cubierto de cualquiera invasión externa; nuestros recursos y nuestra posición sobre el globo, nos convidan a sostener una resolución propia de los hombres que conocieron al fin su dignidad» (1).

En apoyo de la aceptación privada de Inglaterra del nuevo estado de cosas surgido en Venezuela, queda la nota oficial con que el gobierno de Caracas participó a sus delegados la satisfacción y la gratitud del país por las felices negociaciones alcanzadas. Esta carta prueba también que si consideró Bolívar eficaz su labor en Londres, contra la opinión de varios historiadores que atribuyen el pronto regreso del futuro Libertador a Venezuela, a la decepción que éste tuvo al no ver ningún resultado satisfactorio para su patria; lejos de ello lo consiguió y el más eficaz que por entonces podía prometerse. Oigase si no la siguiente comunicación de Caracas al gobierno de nuestra capital:

«Ayer 5 del corriente (diciembre de 1810) llegó a esta capital don Simón de Bolívar, uno de nuestros enviados cerca de su Majestad Británica, quedando en aquella Corte su compañero, don Luis López Méndez, hasta concluir la negociación con aquel Gabinete.

(1) Copiada por el eminente historiador don Eduardo Posada, de la *Gaceta de Caracas* del 22 de abril de 1811, y reproducido por el mismo en la «Revista Bolivariana» de Bogotá, en cuyos dos primeros volúmenes reprodujo el mencionado historiador importantes documentos relacionados con la misión de Bolívar en Londres.

«Faltan voces al primero para explicar su reconocimiento al gran protector de nuestra causa, señor Marqués de Wellesley; el que aunque al principio se les mostró indiferente, después, vista la justicia y la firmeza con que la sostuvieron nuestros Diputados, pretextando perecer ellos y toda la Provincia antes que someterse al monstruoso e ilegal Gobierno de Regencia, accedió gustoso a prestarnos todo influjo que pueda comunicar aquella Corte para consumir la grande obra que empezamos el memorable y dichoso 19 de abril, siendo garante de sus generosas promesas el liberal y obsequioso tratamiento que se les dispensó» (1).

Por primera vez se pronuncia en esta ciudad el nombre de Bolívar, que habría de crecer «como las sombras cuando el sol declina».

En 1930, cuando el mundo entero conmemoraba el luctuoso centenario del Libertador, el gobierno inglés, fiel a su hidalguía tradicional, consagró el palacio de Aspley House con lápida marmórea que recordará a las generaciones venideras que dentro de esos viejos muros libró y ganó Bolívar la primera batalla por la libertad de América.

GUILLERMO HERNÁNDEZ DE ALBA
Catedrático de Historia de Colombia.

(1) *Diario Político de Santafé de Bogotá*, número 44, 25 de enero de 1811.

